

aún prematuro hablar de Rafael Sender. Jolly Rogers es tan sólo un precedente de tono menor. Su aparición no transforma el árido paisaje de la narrativa española; pero tampoco nos obliga a desesperar por completo de su autor. Rafael Sender tiene aún mucho camino por delante, y no será desaconsejable seguirle los pasos. ■ S. R. SANTERBAS.

## España siglo XX Versión S. G. Payne

La revolución española es el primer libro de Stanley G. Payne que llega en condiciones normales al público español. De los tres anteriores, uno, *Franco's Spain*, carece, por el momento de versión castellana, y los dos restantes, *Falange* (1961) y *Los militares y la política en la España contemporánea* (1967), han permanecido asimismo fuera del alcance de nuestros lectores, lo cual no ha sido obstáculo para que aquél lograra cierta difusión y, al caer sobre un tema carente de análisis científicos, fuese considerado poco menos que como un clásico. Payne era, por tanto, un autor esperado. Si a esto unimos la persistente actualidad del tema de la guerra civil y el lanzamiento dentro de una colección que, como «Horas de España», de Ariel, viene reuniendo los mejores estudios sobre la España contemporánea, es fácil augurar a *La revolución española* una difusión muy amplia. Hecho del que resulta difícil congratularse, porque, como en el caso recientemente comentado de *Los anarquistas españoles*, de Bécarud y Lapouge, nos encontramos ante un libro de escaso valor, constantemente lastrado por la ideología de su autor y por el insuficiente nivel de investigación que le ha servido de base.

En las líneas del prefacio en que Payne justifica las razones de este cuarto recorrido por la Historia española contemporánea, advierte al lector de que «hasta el momento, ningún libro de este mismo tema ha aparecido en la bibliografía española, y, al fin y al cabo, no hay diferencia entre escribir historia seria y objetiva para el lector americano o para el lector español. Lo que importa es el

intento de presentar los hechos tal como fueron». Dejando de lado la discusión sobre lo que puede ser esta «Historia seria y objetiva», consistente en «presentar los hechos tal como fueron», intentaremos, pues, descubrir desde qué supuestos y en qué medida cumple con sus propósitos iniciales de estudiar «las izquierdas españolas» Stanley G. Payne.

Significativamente, el primer capítulo se abre con una condena tajante de toda revolución. Las revoluciones, para Payne, son cambios drásticos y violentos en el sistema económico y político, característicos de sociedades en período de crisis o con fuertes resistencias a la modernización. Existe una relación inversa entre modernización del sistema social y posibilidad de cambios revolucionarios, hasta el punto que en los países industrializados la revolución, de producirse, «prometía salvar gran parte de la sociedad constituida y conservar los valores nacionales» (sic). Por otra parte, la revolución se hace posible al declinar el peso de la religión, típico de la fase preindustrial, interviniendo como sujetos de la conmovión no grupos o clases sociales, sino individuos especialmente interesados en desencadenar la misma: utilizando un término de estirpe barrojana, «visionarios». «La idea revolucionaria —escribe Payne— ha hecho sentir su atractivo con particular amplitud en sociedades que padecen fuertes crisis o que experimentan la resistencia que unos obstáculos profundos oponen a la modernización. Su atractivo se ha visto acrecentado por la decadencia del sentimiento religioso tradicional, pues, en el vacío que ha dejado tras de sí ese declinar, algunos visionarios han tratado de introducir, en la sociedad moderna, el objetivo de una utopía materialista inmanente». Queda así configurada la base de una visión histórica abiertamente irracionalista. La pretendida «Historia seria y objetiva» va a consistir, en realidad, en adecuar los datos con que cuenta el narrador a ese prejuicio que le lleva a interpretar todo mantenimiento del orden vigente como signo de madurez social y los cambios radicales en el sistema como obra de sujetos (individuales o co-

lectivos) que, en tanto que visionarios o utopistas, desconocen aquella racionalidad. Cabe, pues, prescindir del análisis de las relaciones de dominación, económica o política, existentes en un sistema social. La narración se limitará a recoger la interacción de los actores que se ajustan o no a esa regla del juego inicial

cada de 1930. Su fracaso constituye otro capítulo dentro de los desastres del maximalismo revolucionario del siglo XX». Veredicto que es preciso contemplar no como resultado, sino como punto de partida.

Este supuesto ideológico determina incluso el material sobre el que Payne ha desarrollado una investiga-

hemerográficas, y éstas todavía no cuentan para la descripción que hace de 1933. Como era de esperar, el material económico es marginado, salvo cuando existe un estudio, como el de Malefakis, sobre la reforma agraria, o el de Bricall, sobre las colectivizaciones durante la guerra, que autorizan una explotación intensa y hábil. La deuda respecto a Malefakis, en las páginas 102 a 106 y en el capítulo VII, resulta abrumadora, y para Bricall, remitimos al lector a contrastar la página 262 de Payne con las 49-50 del historiador catalán. Hasta 1931, un autor que sentenciar con toda tranquilidad la acción de los movimientos sindicales se permite dejar de lado la masa documental acumulada por el Instituto de Reformas Sociales, que sólo aparece en una ocasión a través de una cita de Balcells. Las connotaciones psicológicas y aun estéticas (desde el Pablo Iglesias enfermo y prudente, al tuberculoso Casares, Macia, que se parece al Quijote, o Llopi, Rodolfo Valentino de la pedagogía) cobran mayor relieve, porque, en definitiva, lo que cuenta en Payne son los personajes y, a través de éstos, los actos que el historiador debe juzgar. La precisión ideológica resulta secundaria, y cuando se aborda, llega a extremos verdaderamente antológicos; así, la definición de Seguí, que no era «anarquista, sino más bien libertario»; la constante referencia al Pestaña de 1920 como enemigo del anarquismo (cuando era entonces su líder en la CNT), o el increíble propósito que se atribuye a Prieto en 1936 de formar «un Gabinete estable republicano moderado socialista de izquierda» (página 201). Los ejemplos podrían multiplicarse, debiendo tal vez ser resaltada la observación de que los discursos «más lúcidos, eficaces y clarividentes» que se pronunciaron en las Constituyentes de la República correspondieron a Ortega y Gasset, cuando no existe el menor indicio en el resto del libro de que Payne haya consultado el «Diario de Sesiones».

Donde el resultado del procedimiento usado por Payne, de juzgar sin apelación sobre los datos que le vienen a mano, alcanza resultados casi divertidos es al referirse a los partidos

## LOS SETENTA AÑOS DE NICOLÁS GUILLEN

El pasado día 10 de julio cumplía setenta años el poeta Nicolás Guillén. Había estado en Madrid dos semanas antes; venía de Italia, donde acababa de recibir el Premio Viareggio, y recaló durante unas horas en la capital de esa España —raíz de mi árbol, de tu árbol, de todos nuestros árboles...— que le causara, hace ya muchos años, algunas angustias poéticas. Dedicó su breve estancia madrileña a visitar a unos pocos amigos y a comprar maletas. Andaba corto de tiempo y no fue posible hacerle una entrevista. «Irse a Cuba no es lo mismo que irse a la vuelta de la esquina; uno se lía, se lía...». Hablaba con esa voz grave y sonora de mulato noble, con esa voz entrañable y natural con que recita sus propios versos. En Cuba le esperaba el homenaje de sus paisanos. Nicolás Guillén es, en el mejor sentido de la palabra, un poeta del pueblo. Más aún: Nicolás Guillén es un «revolucionario antes de la revolución». Hace cincuenta años, en sus primeros poemas camagüeyanos, casi todos inéditos, ya exclamaba:



«¡Quisiera ver a los americanos! Ellos, que nos humillan con su fuerza, / modernos incas, nuevos aztecas, ¿qué harán?». Nicolás Guillén presentía toda su obra, conocía su camino, guardaba en la posibilidad de la memoria los versos de su último libro: «En el acuario del Gran Zoo, / nada el Caribe... / En el acuario esta inscripción: / "Cuidado, muerde". Síntesis viva de la mejor tradición poética castellana y del más sincero latido lírico de su pueblo, Nicolás Guillén no ha pertenecido jamás a la estirpe de los hombres equívocos. Dentro de poco, cuando lleve su carta, él nos hablará de sí mismo. Estas líneas son simplemente un modesto homenaje de cumpleaños».

(el progreso en el orden). El enjuiciamiento constante de las conductas, la renuncia a todo análisis sistemático de la estructura económica, el poder político o las ideologías, ayudarán a alcanzar, de descripción en descripción, más o menos afortunada, según el nivel de lectura de Payne, el objetivo perseguido: probar que, «dominada por mitos y doctrinismos, la izquierda española fue incapaz de lograr unidad y progreso en la dé-

cción efectiva. Preocupado por condenar a las izquierdas revolucionarias, Payne apenas cita de modo directo otros periódicos que *El Socialista*, *Claridad* y *Mundo Obrero* (con el sustento ocasional de *El Sol*) para el período anterior a 1936. En rigor, la única lectura intensiva de textos de primera mano previos a la guerra parece haber tenido lugar sobre el bienio 1934-36. Antes, las referencias proceden casi siempre de fuentes no

republicanos. El capítulo V, «La izquierda republicana y los socialistas, 1931-1933», se abre con afirmaciones que, de ser ciertas, renovarían totalmente el conocimiento histórico sobre el período: «Si el movimiento de la clase obrera española se caracterizó hasta 1917 por su insignificancia, lo mismo podía decirse del republicanismo español hasta 1930. Desacreditados por los excesos de 1873-74, los pequeños grupos republicanos de principios de siglo eran ignorados por la mayoría de la clase media». Una mínima lectura del libro de Miguel Martínez Cuadrado sobre las elecciones en la Restauración hubiera podido modificar la impresión de Payne sobre la base del republicanismo, y en cuanto al movimiento obrero, el juicio resulta inexplicable. Lo único evidente, como no podía menos de suceder, es que el sujeto histórico desconocido por Payne cometiese excesos. Ya en las vías de la Historia-ficción, añade el profesor norteamericano que, «de manera general, el republicanismo español se dividió en dos tendencias: extremismo incendiario y moderación liberal». Pi y Margall (como más tarde Ferrer Guardia) queda eliminado, suponemos que como elemento disfuncional. Aunque tal vez se refiera al grupo federal la denominación que más adelante establece Payne de «regionalistas prácticos» dentro del republicanismo. Como la increíble clasificación de partidos republicanos de la página 109, donde figura como partido republicano formado en 1931 un Partido Nacional Vasco (aquí, como en cuanto a Izquierda Republicana, la confusión de términos y tiempos es constante), lo único evidente es el desconocimiento que ostenta Payne respecto al republicanismo. Aunque, como siempre, todo está claro: el único republicano «responsable» es Melquiades Álvarez, con su Partido Reformista. Cuando le llega el turno a Azaña, el problema de la Iglesia es despachado con la referencia al sectarismo anticlerical. La confusión se repite en el capítulo sobre el sindicalismo, siendo principales afectados el treintismo, Horacio M. Prieto y Pestana, en menor medida, porque sobre este punto cuenta Payne con una nueva

guía: la tesis doctoral de S. J. Brademas. Si bien en puntos como el nacimiento del partido sindicalista, las afirmaciones de Payne son tan inexactas como las que en la página 207 hace sobre la unificación de Sindicatos católicos y libres.

Interesa subrayar, en todo caso, que lo grave en el caso de *La revolución española* no es la lista, más o menos larga, de errores, sino la concepción política e histórica que subyace a la misma, permitiendo establecer una falsa totalización, por una parte, sobre una corteza de datos en ocasiones palmaria, y, por otra, eliminando deliberadamente niveles decisivos a la hora de determinar el conflicto social. Por ejemplo, sin precisar la coyuntura económica y el comportamiento de las agrupaciones patronales frente a la legislación social, no es posible enjuiciar una línea sindical obrera, y otro tanto cabría decir respecto a las fuerzas políticas. En otro caso, como ahora sucede con Stanley Payne, el resultado no es sino un testimonio ideológico más, en la línea de un centrismo muy operativo en los momentos actuales, sobre la génesis y desarrollo de la guerra civil. El hecho de que Stanley Payne consiga un excelente nivel formal en su exposición, no evita que, en particular para el período anterior de julio de 1936, su libro tenga mucha más carga encubridora que positiva. Luego, los defectos persisten, agravados incluso en ocasiones (recordemos sólo el reproche, verdaderamente genial, de no haber celebrado elecciones parlamentarias durante la guerra, página 318), pero la labor de documentación ha sido más intensa, con lo que, como decían las antiguas censuras eclesásticas, la lectura de estos capítulos puede resultar útil y provechosa. La ideología, además, se encuentra tan a flor de piel, que la generalización «objetiva y seria» de Payne puede, llegado el caso, ser fácilmente marginada.

■ ANTONIO ELORZA.

## Por una semántica de los «comics»

Dos partes perfectamente diferenciadas tiene el en-

sayo de Román Gubern (1), que aporta un trabajo excelente a la escasa bibliografía española sobre el comic. Sin duda, lo más valioso es el intento de estructuración de los elementos del comic en una semiología propia, la del lenguaje de los comics.

En la primera parte, Gubern fundamenta, a través de un somero análisis histórico-económico, el nacimiento y desarrollo del comic como producto cuyo destino va unido al avance técnico, difusión e influencia de la prensa en las masas. Tesis que viene a contraponer a aquella otra con infusas culturalistas que localiza los primeros comics en los jeroglíficos egipcios. Parcialmente de acuerdo con Gubern, quien olvida gravemente el desarrollo de la industria del comic-book —equivalente a nuestros tebeos—, a partir de la Gran Depresión, y que en la actualidad supera en importancia, a todos los niveles, a la tradicional producción de comics para la prensa.

(1) *El lenguaje de los «comics»*, Román Gubern. Ed. Península/Distribuciones de enlace. Barcelona, 1972. Fue publicado en capítulos por la revista *Imagen y Sonido* (núms. 85 a 94, Barcelona, 1970-71), excepto el apéndice «La verdadera historia de "Yellow Kid"».

A continuación, Gubern estudia el lenguaje de los comics, distinguiendo entre macrounidades, unidades y microunidades, según se refiera a la estructura global del comic, a las viñetas o pictogramas y a los distintos elementos de ésta. El discurso sintagmático del



comic se deriva de la relación de unas unidades con otras. Valiéndose, pues, del lenguaje de la semántica estructuralista y del cinematográfico —ya utilizado por Antonio Lara en una ocasión anterior—, Román Gubern propone un fundamento coherente para

un estudio semiológico de los comics, del que es oportuno destacar la definición que de ellos propone: *Estructura narrativa compuesta por pictogramas, en los que pueden integrarse elementos fonéticos.*

Sin embargo, el trabajo de Gubern adolece en muchos puntos del rigor que emplea en el análisis lingüístico, lo que hace que se resienta la estructura general. Fundamentalmente se observa una documentación escasa, cuyas fuentes son conocidas para el especialista, que lleva al autor a generalizaciones exageradas a partir de la observación de un número insuficiente de ejemplos representativos. La parte gráfica, de obvia importancia en un trabajo de este tipo, sufre el mismo defecto al limitarse a recoger la de algunos manuales extranjeros.

El lenguaje de los comics, junto a los *Apuntes para una historia de los tebeos*, de Martín; *Los «comics»*, de Moix; y *El apasionante mundo del tebeo*, de Lara, forman un cuerpo bibliográfico fundamental que ha de permitir el desarrollo de trabajos en profundidad y monográficos sobre la estética, historia y sociología del medio. ■ IGNA-  
CIO FONTES.

## EL GOLFO DE TONKIN: HISTORIA DE UN INCIDENTE QUE NUNCA EXISTIO

Con sólo unos meses de diferencia sobre su primera edición en los Estados Unidos, se publica ahora en España *«La guerra del Presidente»*, de Anthony Austin (1): una minuciosa obra de periodismo político en la que se examina la capacidad de poder y decisión del Presidente de los Estados Unidos («con tanto poder de decisión sobre la guerra y la paz, concentrados en manos de tan pocos, el tiránico belicismo de los Reyes, que desapareció gracias a las cláusulas de la Constitución, vuelve con disfraz democrático, y la República está en peligro»), examinado especialmente sobre un caso concreto: el famoso «incidente» del golfo de Tonkin, que produjo o dio pretexto a la intervención masiva de los Estados Unidos en Vietnam. No era desconocida la idea de que el famoso incidente no existió nunca, al menos como lo cuenta la Historia oficial, sino que todo fue una provocación montada y preparada minuciosamente para explicar una intervención que, según los cerebros

de Washington y el equipo de la Casa Blanca, debía producir inmediatamente el apaciguamiento de Vietnam; sin embargo, Anthony Austin aporta pruebas, relatos, análisis, estudios sobre aquel hecho que, en su tesis, no dejan lugar para ninguna clase de dudas: «Exploando una inesperada oportunidad, engañando deliberadamente al Congreso y al pueblo americano sobre la naturaleza de la patrulla y las pruebas de un ataque, fueron capaces de obtener, mediante este engaño, una autorización del Congreso para librar una guerra que habían decidido en secreto meses antes, mientras prometían la paz a los electores». A pesar de la fuerza de esa acusación, Austin considera que estos responsables son hombres «honestos y honorables», que creían sinceramente que la extensión del comunismo requería, para evitarla, los medios empleados; pero fueron traicionados por su propia trampa e hicieron caer en ella al país, «atrapándole en una intervención cuyas dimensiones no habían comprendido bien al principio y cuya liquidación resultó escapar a su capacidad». ■ J. A.

(1) *«La guerra del Presidente»*, Anthony Austin. Colección «Testimonio de Actualidad». Editorial Dopesa. Barcelona, 1972.